



**EL ARTE Y LO SAGRADO EN
LA FILOSOFÍA ORIENTAL**

HÉCTOR BÉJAR

Vivimos un mundo diverso que es varios mundos a la vez; mundo que está poblado de culturas y micro culturas que siempre se interconectaron y se siguen interconectando y mezclando. El mundo es la suma de muchos universos culturales.

Llamo cultura al acto y resultado de cultivar y autocultivar al ser humano. También llamo cultura a la humanidad misma, a todo aquello que nos ha permitido romper las barreras puestas por la naturaleza y que acumulamos a través de las generaciones. Aquello que nos diferencia de los animales y otros seres vivos. El arte, la capacidad del ser humano para transformar las cosas, es parte importante de la cultura, es decir, de la humanidad.

Los universos culturales que habitan el mundo son diferentes, pero comparten elementos comunes. Hay muchos universos pero también hay un universo. Diversidad y unidad a la vez.

El caleidoscopio humano es siempre palpitante porque es humano. Las culturas no son piezas de museo sino realidades vivientes y cambiantes.

Lo sagrado es lo respetable, lo permanente. La idea de lo sagrado está vinculada a la religión, pero lo sagrado no solo es lo religioso.

Cada uno de los universos que pueblan el mundo tiene su manera de entender lo sagrado, pero a la vez también hay entre ellos espacios tangenciales y universales de una espiritualidad planetaria que se expresa en miles, millones de formas. Somos homo sapiens habitantes de un planeta, eso significa que tenemos visiones particulares de lo sagrado y a la vez principios permanentes que vienen genéticamente desde el comienzo de la especie.

Hay dos planos de lo sagrado: cuando digo “mi madre es sagrada” estoy aludiendo a un principio humano, biológico, marcado por la naturaleza, que gobierna mi vida social. No puedo, no debo, matar, maltratar, ni violar a mi madre, ella es sagrada. Cuando digo: mi hija es sagrada, es lo mismo. Estoy aludiendo a un

tabú cuya ruptura equivale a quebrar las leyes de la especie que son, en el fondo, como sostenía Kant, las leyes de la naturaleza que nos forman y conducen.

Esto es en el sentido negativo. En el sentido positivo, lo que yo haga debe ser ejemplar porque, como Bolognesi, tengo deberes sagrados que cumplir; como quería Kant, se trata de un principio finalmente ético: *obra de tal manera que lo que hagas pueda ser elevado a la categoría de norma universal*.

Para Roy Rapaport en *Ritual y religión*, se puede enfocar lo sagrado considerando ciertos Postulados Fundamentales (postular es defender sin demostración). Expresiones como el *shema* de los judíos: “escucha, oh Israel, Dios, nuestro señor es Uno”; el *kalimat* al *Shahada* del Islam: “Doy testimonio de que no hay más Dios que Dios y que Mahoma es su profeta”. Los equivalentes católicos se resumirían en los credos. O en el caso de los Sioux, la presencia de la Gran Divinidad. Todas estas expresiones están ligadas casi siempre a sistemas ceremoniales. Son frases, expresiones, acompañadas de rituales. Añado: las obras de arte o determinados objetos especiales forman parte de los actos ceremoniales. Para Rapaport todo eso va unido a la santidad que es la cualidad de lo indudable, atribuida a unos postulados que son por naturaleza objetivamente inverificables y absolutamente infalsificables¹.

En la misma línea, Emile Durkheim equiparó lo sagrado con lo religioso y señaló que lo sagrado es uno de los dos ámbitos fundacionales del mundo; el otro sería el espacio profano². A lo sagrado se puede acceder solo mediante ceremonias y ritos. Lo profano es el mundo de los comunes, el de todos los días, desde el cual se puede acceder a lo sagrado, que es lo religioso según su pensamiento, mediante las ceremonias y ritos. Pero estas ceremonias y ritos no son lo sagrado, son solo una manera de acceder a una realidad intangible sobrepuesta a ellos. En la postura de Durkheim, las obras producto del arte, no son sagradas en sí, sino por lo que representan. Y allí, en ese conducto, está el arte que sirve para la representación de lo sagrado. El arte tendría un rol preliminar y cubridor, pero a la vez interpretativo de lo sagrado. Para Durkheim, todo ello es una emanación de la sociedad, del colectivo humano, es la dimensión simbólica de lo social, porque el carácter sagrado es producido socialmente.

Habría pues, para Durkheim, un vínculo que lleva de lo profano a lo religioso y de lo religioso a lo sagrado.

Sin embargo, hay religiones que, al no expresarse en imágenes, no pasan por el arte. El confucianismo no se expresa en imágenes sagradas sino en sentencias.

1 RAPPAPORT, Roy A. *ritual y religión en la formación de la humanidad*. Madrid: Cambridge University Press, 2001. Pág. 390.

2 DURKHEIM, Emile. *Las formas primitivas de la vida religiosa*. Libro I, cap. I, sección 3.

El judaísmo cree que lo sagrado es el cambio y que cualquier intento de congelar lo sagrado en una imagen es atentar contra el dinamismo de Dios. El budismo tiene formas que se expresan en imágenes, monumentos o templos, y otras más abstractas encaminadas a la espiritualidad total. Cuando digo que el Buda es sagrado o que Confucio o Lao Tsé son sagrados, no son solo ellos sino los objetos que tocaron, el mundo en que vivieron, su recuerdo. Y al hacerlo, ya me estoy ubicando en una religión que está geográficamente determinada en un universo cultural. Ambos, Confucio y Lao Tsé, fueron hombres, pero fueron sabios y son sagrados sin ser dioses. Lo sagrado entonces, se distingue de lo divino y puede llegar a ser laico.

El pensamiento chino enfatiza la necesidad de armonizar las relaciones del ser humano con el cosmos, con la sociedad y con uno mismo. Encontramos este esfuerzo en todas las escuelas de pensamiento. Son las “religiones de la armonía”³. Es la idea taoísta de lo trascendente. En el pensamiento chino, según Duceux, la trascendencia se remonta al Daoísmo y precede a Jesús; la trascendencia es un fenómeno espiritual que habla de un ser humano que ha sobrepasado su condición terrenal. Pero a diferencia de la idea occidental que separa alma y cuerpo, cielo y tierra, en el pensamiento daoísta se trata de una continuidad entre materia y espíritu que el ser humano puede lograr, una escala ascendente que se puede recorrer. Se trata de “preparar el espíritu vaciándolo de todos los límites que lo atan para acceder a la comprensión del universo”⁴. El pensamiento se condensa en el lenguaje y éste se expresa en la caligrafía, que es un arte máximo. Esta idea y práctica la encontramos también en el budismo, pero no en la caligrafía sino en las imágenes que fueron progresando y cambiando paralelamente con su expansión por la India, China e Indochina.

Durante cuatrocientos años, desde el emperador Maurya Ashoka año 260 a. C. hasta el emperador Gupta en 490 d. C., India vivió unificada bajo la ética budista y la producción artística floreció bajo el mecenazgo de aristócratas y ricos comerciantes, al tiempo que esto mismo sucedía en Occidente: era la jerarquía romana la que financiaba el arte con objetivos religiosos y después las familias de ricos comerciantes, como los Médici. Durante ocho siglos el arte plasmó la evolución del budismo que va desde las columnas cósmicas, andamios infinitos o stambhas que unen el cielo y la tierra, que eran colocadas en puntos de encuentro, vías de comunicación o lugares sagrados para conmemorar acontecimientos, publicar edictos reales.

Después de la muerte del Buda, las estupas o montículos de forma semiesférica guardaron las cenizas sagradas del Buda, objetos usados por él o sus discípulos,

3 DUCEUX Isabelle. Formas de la trascendencia en el Daoísmo temprano. El Colegio de México. Estudios de Asia y África, vol. XL, núm. 2, mayo-agosto, 2005, pp. 269-297

4 DUCEUX. Artículo citado pág. 285.

conmemoran etapas de su vida. Representan la tierra, el agua, el fuego, el aire o el espacio. Se las decoraba con guirnaldas de flores o esculturas de piedra en una narrativa plena de elementos costumbristas. Lo divino se unió con lo popular, así como las columnas o stambhas habían unido el cielo con la tierra.

El budismo se expandió a partir del siglo II y las estupas se transformaron en pagodas cuando el budismo llegó a Ceilán, al sudeste de Asia, el Tíbet, la Indochina y China. A la vez se configuró una imagen antropomórfica de Buda. Los talleres escultóricos de Gandhara, Mathura y Amaravati exportaban bodisatvas. El bodhisatva se convertirá en un ideal de vida al cual todo seguidor budista aspirará. Adquirirá también un significado universalista con el que existirá el objetivo de una liberación universal que incluya a todos los seres vivos. Esta idea universalista será fundamental en este tipo de budismo en toda su historia, que personifican cualidades budistas y que funcionan en la iconografía asiática con un papel similar al de nuestros santos. Desde este momento el gran protagonista del arte budista es la figura de su fundador, Buda. Finalmente, la cultura Gupta, a la vez que impulsa estudios metafísicos de Buda, llevará la evolución de la imaginería hacia lo abstracto, lo inmaterial en un purismo volumétrico, a la vez que el resto del arte se resuelve en figuras principescas, plenamente humanas, palpitantes de vida y de terrenidad. Esa corriente que viene del pueblo culmina en el hinduismo, que eclipsa al budismo espiritual y abstracto en el estilo post-gupta bengalí. Todo este recorrido se desarrolla desde el siglo V AC hasta el siglo II DC y comprende la evolución de la imaginería del príncipe Siddhartha Gautama y sus reencarnaciones como animal (mono, ciervo, elefante...) y como humano (príncipe Mahayana, Visvantara...) en los inicios sin presentar su imagen humana. Además está la transformación transcultural de los símbolos: el león, animal emblemático del clan principesco de los Sakya en el que nace Buda recorrerá la Ruta de la Seda y evolucionará hasta convertirse en el león-dragón de Extremo Oriente. Al aparecer, la imagen del Buda representa las corrientes energéticas del universo; simboliza la vida espiritual concentrada en la meditación; simboliza la iluminación; la pureza de los pétalos de la flor de loto; sonrisa de serenidad; es un símbolo de sabiduría, de felicidad, de austeridad; a veces, de mendicidad o de pureza. Hay distintos tipos o imágenes de Buda, a las que a veces se atribuye eficacia mágica.

El recorrido de lo impuro a lo puro, de lo complejo a lo simple, de la materia al espíritu, no es un camino de seres superiores, se trata de un camino que todos los normales y mediocres, es decir humanos del promedio, pueden recorrer para ser superiores. Porque el estado espiritual supremo carece de sofisticación. Jesús llamó a eso "pobreza de espíritu", ausencia de sentimiento de superioridad, humildad, carencia de codicia, cuando se llega a la estación suprema del recorrido. La extrema simplificación, la ausencia de objetos, la transparencia.

Eso tiene que ver también con el arte en la medida que permite trascender de lo personal a lo universal, de lo temporal a lo permanente.

Son distintos el arte indio, de la India, con el arte indígena andino, o el arte occidental, o el africano. Distintos en los medios de expresión, en los materiales, en las técnicas. Desde las pagodas budistas hasta los templos incas, desde el papel chino hasta los tejidos de Paracas o las sedas chinas. Pero eso no significa que no existan vínculos entre ellos. Debemos tener en cuenta las influencias, a veces las copias, de un arte respecto de los otros. Los occidentales copiaron mucho de lo oriental y lo desarrollaron; los chinos influyeron a los mongoles, los griegos a los romanos, el arte occidental y africano, en ese sentido, es también, como sabemos, oriental.

En el criterio andino, la tierra forma parte de la religión, pero la religión es cósmica, es el mundo. Hay una aproximación cósmica, integrada, al planeta que nos acoge y rodea. Por el contrario, lo que caracteriza a la civilización que llamamos moderna y occidental, es la separación: todo lo separa, todo lo segmenta en nombre de la perfección, la seguridad en los resultados y la eficiencia. El poder político está dividido en poderes distintos, la justicia se ha segmentado del derecho (una cosa es lo justo y otra lo legal), el alma se ha separado del cuerpo, la humanidad se ha fraccionado en millones de individuos que reclaman autonomía e identidad.

Cuando decimos cultura occidental aludimos a la cultura capitalista, materialista contemporánea, que es la cultura de la separación, en que también se aparta a la Iglesia del Estado; y el Estado, de los ciudadanos, y la sociedad del Estado; y el Estado se divide en poderes autónomos. Cuando se producen todas esas separaciones el arte también se aparta de la religión y el culto, pero sigue tomando motivos sagrados con el Greco, con Rouault, Miguel Ángel, Rafael, con Mozart. Con Goya, cuando pinta la tragedia humana. Entonces aparece un arte religioso y un arte secular, pero el arte secular no deja de ser espiritual, sagrado y hasta religioso.

En cambio, culturas como la andina vinculan todo. No hay una diferencia entre la religión como culto y la religión como creencia.

El arte medieval no podía concebir una pintura que no estuviera en una iglesia. Los frescos, las esculturas, la música, el teatro, eran parte del culto.

Por más realistas, hiperrealistas o abstractos que sean, los pintores siempre pintan desde adentro de ellos mismos, por eso es tan fácil diferenciar el estilo de un pintor con el de otro, precisamente porque está muy individualizado. No solo se divide, sino también se individualiza.

Cómo conciliar estos extremos de separar y juntar todo. No hay conciliación, son culturas distintas, una es la cultura capitalista occidental y otras son las culturas



tradicionales o clásicas. Eso no significa que no existan vinculaciones entre ellas. No hay rupturas totales, pero sí separaciones.

La separación es la idea de eficiencia de la especialización. Clasificas, especializas, separas, para dominar mejor los fenómenos y las gentes. También es cierto que ahora se está de regreso de todo eso. La integración es la idea del camino hacia lo superior. Te integras e integras para aprovechar al máximo los aportes parciales y para hacer que se enriquezcan entre sí.

Los grandes pensadores actuales se sienten limitados por la especialización, han vuelto a integrar.

Tanto las artes denominadas (o mal denominadas) finas o bellas como las artes plásticas, el teatro, la música, la poesía, la narrativa, por ejemplo; o también las denominadas artes populares como la artesanía, si se las extrae del mundo comercial que las ha dominado, contienen profundas expresiones personales a la vez que aluden a grandes principios. Y en ese sentido, en su relación con lo intangible y permanente, con aquello que trasciende a cada época, podemos decir que tienen relación con lo sagrado, en el sentido de lo trascendente y principista que está más allá del estilo, la especialidad o la localidad. En este sentido, lo sagrado no es lo estático, fijado por el fanatismo religioso, muerto en la incapacidad para

evolucionar, sino lo sagrado en el sentido del cambio permanente que mantiene la estabilidad mediante la adaptación constante al medio, lo que se juega a cada instante respondiendo a los desafíos de cada momento. Eso por supuesto está mucho más allá de lo religioso, a pesar de que también puede incluirlo.

Se trata de un tema tan inmensamente amplio que solamente podemos arañar la superficie.

Sabemos que el arte es una realización y una experiencia humana; pero el arte refleja una relación entre lo humano como realidad material existente y lo humano como realidad inmaterial. El arte es una forma depurada de ser, producir y actuar; pero también de hacer y es una forma de transformar y convertir algo que es prosaico, común, en algo que es trascendente; algo que es insignificante en algo que tiene significado. Y desde ese punto de vista podemos decir que es precisamente ese camino, ese curso entre lo que no tiene significado y lo significativo, lo temporal y lo trascendente, aquello que el arte construye y que se convierte en una creación.

Podemos decir que lo sagrado es aquello que no podemos explicar. Muchas cosas en el mundo nos parecen obvias y por tanto no precisan que nos interroguemos sobre ellas; y sin embargo es el mismo mundo, nuestra misma existencia, nuestro viaje desde un lugar desconocido hasta otro lugar desconocido, aquello que no tiene explicación. Y entonces podemos llegar a decir que, si lo sagrado es aquello tan respetable, tan misterioso que no tiene explicación, entonces todo el mundo incluidos nosotros, no tenemos explicación. Hay por tanto una relación entre aquello de lo cual partimos y que vamos añadiendo a lo ya inexplicable con aquello que no nos podemos explicar. La relación entre lo sagrado y lo artístico es una relación que se diluye en sí misma, se licúa en nuestras manos.

